

La Filosofía de la Educación de Ortega y Gasset: Una crítica indirecta a las modas pedagógicas de hoy

Inger Enkvist, Universidad de Lund, Lund, Suecia

Resumen: En los escritos de Ortega y Gasset podemos encontrar algo que necesitamos urgentemente: los fundamentos de una filosofía de la educación. En Meditación de la técnica, La rebelión de las masas y El libro de las misiones tenemos una reflexión sobre el estudio visto tanto desde la perspectiva del profesor como desde la del estudiante. Además, la propia vida de Ortega y Gasset como estudioso, profesor y escritor constituye una ilustración de los dos aspectos. A pesar de llevar muchos años como disciplina universitaria, la pedagogía todavía carece de consistencia teórica, lo cual es un serio problema para la materia, para la educación y para los países que quieren mejorar sus políticas educativas. El estudio del pensamiento de Ortega y Gasset nos ofrece un pensamiento coherente que viene a enfocar lo cognitivo y apoyar una pedagogía "del esfuerzo". Da énfasis a la responsabilidad individual en contraste con la visión de la educación como algo lúdico o meramente social. Lamentablemente, lo que dice Ortega y Gasset de los "nuevos bárbaros" no ha perdido su actualidad.

Palabras Clave: Filosofía de la educación, Ortega y Gasset, Pedagogía del esfuerzo

Abstract: Studying Ortega y Gasset we can discern a philosophy of education even if he never made claims to one. In Meditación de la técnica, La rebelión de las masas and El libro de las misiones he reflects on what studying means both from a teacher and a student perspective. Also, Ortega y Gasset's whole life as constitutes an example of he thought learning should be and how teachers should act. Pedagogy has been a university discipline for many decades but it stills lacks theoretical consistency, which is a serious problem for the discipline, for education and for the countries that try to improve their education. In this situation, the study of Ortega y Gasset is helpful because it provides a coherent view on education focusing on theoretical learning and the "pedagogy of effort". He stresses individual responsibility as opposed to education seen as an activity that is merely playful or social. Ortega y Gasset's words about modern men as the "new barbarians" still apply as a criticism of modern education.

Keywords: philosophy of education, Ortega y Gasset, pedagogy of effort

EN LAS SOCIEDADES modernas estamos acostumbrados al progreso, y por eso nos asombra lo que sucede en la educación. ¿Por qué vemos indicios de retroceso si los países invierten más que nunca en ese sector? ¿Hay algún error en los métodos modernos de organizar la educación? Los pensadores que han inspirado la pedagogía más en boga son, por ejemplo, Rousseau, con su convicción que el niño es naturalmente bueno, y el norteamericano Dewey, quien antepone en *Democracia y educación* (1916) las metas sociales y políticas a las propiamente educativas. Uno de los lemas de Dewey es “aprender haciendo” o “learning by doing”, es decir, ve el aprendizaje como una actividad casi manual. Habla del aula como marco del aprendizaje pero minimiza el papel del profesor. El alumno debe decidir él solo cómo estudiar de manera “autónoma”. Al comienzo del siglo



XXI, a estas tendencias se ha añadido el aprendizaje y el uso de las nuevas tecnologías como una meta importante de la educación. Los países occidentales llevan ya mucho tiempo con este ideario, a la vez que va en aumento la preocupación por los resultados. Hace falta no encontrar un pensamiento capaz de explicar por qué estamos retrocediendo. El presente texto es un intento de buscar una alternativa a las teorías actualmente en boga en educación, estudiando el pensamiento de José Ortega y Gasset.

Ortega el educador

Para empezar, Ortega se vio como un educador y dijo que la primera tarea del intelectual es la de realizar un esfuerzo pedagógico para ampliar la capa de gente instruida. Ejerció de profesor universitario y dio charlas públicas. En el “Prólogo para alemanes”, incluido en la traducción al alemán de *La rebelión de las masas* (1930) y considerado como su texto autobiográfico más importante, Ortega constata: “Yo tengo que ser, a la vez, profesor de la Universidad, periodista, literato, político, contertulio de café, torero, ‘hombre de mundo’, algo así como párroco y no sé cuántas cosas más”. Ortega publicó una cantidad enorme de ensayos y, a la vez, inició o participó en varias actividades concretas para mejorar la vida intelectual y el debate público. Antes de la Primera Guerra Mundial, fundó la Liga de Educación Política. Fundó también la *Revista de Occidente*, que se publicó entre 1923 y 1936 y que más tarde renació bajo la dirección de su hijo, y puso en marcha la *Biblioteca de las ideas del siglo XX* en Espasa Calpe, una serie de publicaciones que tuvo una importancia extraordinaria en la vida intelectual de los países de habla española. En resumen: ejerció de educador durante toda su vida.

En los textos de Ortega, se nota el afán de que el lector entienda lo que está explicando el autor. La prosa de Ortega combina un pensamiento profundo con una atención inusual hacia el lector. Ortega solía repetir que la claridad es la cortesía del filósofo, y cuando preparaba un texto trabajaba mucho la expresión. Sus obras contienen definiciones de términos, palabras explicadas a través de su etimología y, además, símiles y metáforas. De vez en cuando, utiliza la primera persona del plural para decir que el autor y el lector van a adentrarse juntos en un campo nuevo. Así, aparecen en sus escritos giros como “fijémonos ahora en”; preguntas retóricas como “¿cuál era entonces la actitud de mengano?”; y fórmulas para atraer la atención como “he aquí una pregunta que vale la pena”.

Ortega se mueve en campos tan diferentes como la filosofía, la sociología, las ciencias políticas, las matemáticas, la técnica, la historia de las ciencias naturales, la literatura, el arte y la historia. El propósito de Ortega es servir de maestro a sus compatriotas y mostrar a los españoles diferentes maneras de desarrollarse intelectualmente, de cultivarse y de acercarse a Europa. Decidió, durante sus estudios de filosofía en Alemania, que la tarea de su vida sería ésa. No escribe para satisfacer tal o cual especialista de la posteridad, sino que escribe para ser útil a los hispanohablantes de su tiempo. Propone sus textos como un método para aprender a pensar mejor.

Ortega habla de la vida como una conjunción de pensamiento y de acción y como “empresa”, “autofabricación”, “misión” y “curriculum vitae”. La frase más conocida de Ortega es: “yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella, no me salvo yo” de *Meditaciones del Quijote*. Esta frase subraya filosóficamente la relación entre el yo y el exterior: la realidad no sólo consiste en objetos sino que el yo es claramente un sujeto que además está limitado por las circunstancias, y entre el yo y la circunstancia hay una relación dinámica. Ortega habla de “circun-stancia”, etimológicamente lo que está alrededor. Él mismo se dio cuenta en Alemania que era irremisiblemente español, que España era su circunstancia, y aceptó el reto de intentar “salvarla”. Esta actitud está en consonancia con el gran interés de

Ortega por las cuestiones sociales. Es curioso que muchos comentaristas de tendencia post-modernista y multicultural sólo mencionen la primera parte de la fase, omitiendo la responsabilidad del yo por la circunstancia. Algunos de los libros más importantes de Ortega sobre el tema de la educación como base de la vida social fueron elaborados durante los años 30 como *Meditación sobre la técnica*, *La rebelión de las masas*, *El libro de las misiones*, *El hombre y la gente* y *Ensimismamiento y alteración*.

“Hijos mimados” mostrando una “radical ingratitud”

Ortega afirmó muchas veces que el hombre moderno se comporta como el hijo mimado de una familia acomodada. Para analizar los problemas con los que tropiezan los regímenes modernos, democráticos y de bienestar, introduce, en *La rebelión de las masas* (1930), el concepto de “hombre masa”, un tipo humano nuevo. Antes los hombres eran sabios o ignorantes pero ahora han surgido personas especializadas, peritos, que ignoran todo fuera de su campo pero se consideran capaces de pronunciarse sobre cualquier tema y resultan “sabios ignorantes”. A este grupo, que podría incluir a la mayoría de los habitantes de los países desarrollados, le llama Ortega también los “nuevos bárbaros”, y nos recuerda que Roma no cayó tanto porque los bárbaros la conquistaran sino porque los propios romanos se hicieron bárbaros. Roma nos ofrece un ejemplo de lo que sucede cuando los habitantes de una sociedad no quieren aceptar la disciplina y la responsabilidad: la vida se va envejeciendo, y ya se presentarán otras gentes, ávidas de ocupar el poder.

Un pueblo sin educar va a ser solicitado por el poder pero sólo en periodos electorales. Ortega considera que las escuelas –está hablando en 1930– enseñan las técnicas de la vida moderna pero no la sensibilidad y el espíritu de la cultura moderna. Cree que los tres principios que han hecho posible modernidad son la democracia liberal, la ciencia y el industrialismo, pero añade que la tendencia ahora es que el ciudadano, el “niño mimado”, pide todo sin aceptar la obligación de someterse a un entrenamiento y a un trabajo para conservar y desarrollar lo conseguido. Ortega habla de la “radical ingratitud” del hombre masa. Los países ricos podrían estar a la deriva en su propia abundancia, negándose a analizar las consecuencias de sus actos. La impresión tradicional era, recuerda, que vivir era sentirse limitado, mientras que ahora pensamos que no se debe encontrar limitación alguna. Además, muchas personas que no han creado nada predicán el nihilismo mientras que siguen viviendo como parásitos de lo que han creado sus antepasados o sus contemporáneos. También advierte que la historia nos cuenta innumerables retrocesos y que es equivocada la idea de que el avance es inevitable, una idea irresponsable que ha “cloroformizado” al europeo y al americano ante este riesgo.

Si hacemos aquí una primera pausa para comentar las ideas de Ortega es obvio que la pedagogía actual directamente está creando a “hombres masa”. En el debate público sobre la calidad de la educación, las exigencias de las autoridades enfocan a los profesores, que deben mantener contentos a los alumnos, mientras que las exigencias de aprendizaje dirigidas a éstos son menos claras (incluso pueden pasar de año sin haber aprobado todas las materias, y esto a pesar de ser más que modestas las exigencias). En cuanto a la conducta, las exigencias se han relajado también. Por todo esto, podemos empezar por constatar que los alumnos son tratados como “niños mimados”. La expresión de la “radical ingratitud” es también acertada para describir la situación actual. Hemos visto demasiados casos en los que los alumnos destruyen los libros que se les regala o presta, que degradan los locales y que, de manera general,

muestran su desprecio por una educación que ven como castigo y no como oportunidad. La observación de Ortega de que unos jóvenes así no son capaces de mantener o mejorar el nivel de desarrollo de la sociedad parece de más actualidad que nunca.

Ortega subraya en *El hombre y la gente* (1939) que la historia nos muestra que los demagogos han hecho morir a varias civilizaciones. En vez de invitar a los hombres a reflexionar, denigran la verdad proponiendo mitos. Intentan dirigir a los hombres a través de las emociones y hacerlos reaccionar de manera automática, lo cual es convertirlos en animales.

La educación se ha convertido en un punto álgido de la cultura porque varios grupos de poder han querido cambiar a la sociedad a través de la educación de los jóvenes. Para solo mencionar a un teórico que viene a la mente en la situación actual, el marxista italiano Gramsci animó a sus correligionarios a introducirse en las instituciones culturales de la sociedad para ejercer desde allí su influencia.

Para destacar de manera clara las características del ser humano, Ortega lo compara con los animales. Un animal nace con un programa genético y no puede más que seguir ese programa, mientras que un hombre tiene que autofabricarse y elegir su curriculum vitae. El hombre debe asumir la responsabilidad por su elección y de ninguna manera es un producto automático de su circunstancia. En *Ensimismamiento y alteración* (1939) Ortega menciona que el animal típicamente reacciona ante un estímulo exterior: es “alterado” cuando percibe un estímulo. Cuando no es alterado, se duerme. En la persona humana, la facultad de atención hacia dentro, el ensimismamiento, es central a la vez que antinatural. El hombre ha tardado mucho en aprender a concentrarse, mientras que le es natural distraerse, algo que tiene en común con los animales.

Aquí se impone hacer otra pausa. Están a la vista dos diferencias entre el pensamiento de Ortega y el de las pedagogías de moda. La primera es que, según Ortega, el hombre es responsable por lo que hace. Nace necesariamente en ciertas circunstancias pero éstas no lo limitan sino que solo son su punto de partida. Los hombres son diferentes, tienen deseos diferentes y cada uno construye su futuro a través de las muchas elecciones que realiza. En otras palabras, Ortega rechaza como falsa la idea de un determinismo económico y social, muy frecuente entre los pedagogos de hoy.

La segunda idea es la observación sobre la necesidad de concentración para poder realizar una tarea intelectual. Si no se enseña al alumno a concentrarse en la tarea y si no se exige que el aula esté tranquila y silenciosa durante ciertos tipos de trabajo, es imposible que el joven avance en su desarrollo intelectual. Una pedagogía basada en la autonomía del alumno, en el trabajo por proyecto y en la colaboración en equipos raramente ofrece la posibilidad de concentración que necesita el desarrollo intelectual. Es obvio que la pedagogía de hoy da más énfasis a las destrezas sociales que a las intelectuales.

A pesar del énfasis que pone en el “ensimismamiento”, que es como llama a la concentración, Ortega afirma que lo que define al hombre es a la vez acción y pensamiento, pero más acción que pensamiento. Añade que si fuera sólo acción, el hombre actuaría como un animal: sería voluntarista. Si fuera sólo pensamiento, algo casi impensable, se trataría de una desviación intelectualista.

Para entender lo que quiere decir aquí Ortega, se puede añadir que no previó y no comentó nunca una pedagogía como la que vemos hoy. Una cosa es que el hombre sea un ser de acción y otra que la escuela no enseñe más que algún que otro dato de los que las generaciones anteriores han elaborado y que constituyen la herencia intelectual de los alumnos.

En *Meditaciones del Quijote* (1914) y en otros lugares, Ortega retoma una idea de Goethe, hablando de la adquisición de un nuevo concepto como la adquisición de un nuevo órgano para percibir el mundo. El concepto viene a ser el órgano normal de la profundidad, y miramos y entendemos a través de los conceptos.

Merece ser destacada esta descripción de lo que es el aprendizaje. En el debate actual, hablan con voz más fuerte los que afirman que no sirve para nada lo que se aprende en el colegio. Típicamente dicen que ellos estudiaron química o francés y jamás les ha servido para nada. Este argumento es difícil de rebatir porque refleja una convicción y quizá una experiencia personal. Sin embargo, es posible que la persona en cuestión utilice conceptos o técnicas de trabajo intelectual aprendidos en esas materias despreciadas. Tampoco está claro si el que se pronuncia negativamente realmente estudió las materias o si solo estuvo presente en el aula durante unas cuantas clases.

En *El libro de las misiones* (1940) y en particular en el ensayo “La misión de la Universidad”, Ortega desarrolla de manera explícita su pensamiento a propósito de la educación. A diferencia del hombre primitivo, el hombre civilizado tiene que aprender gran cantidad de datos y, por eso, la pedagogía consiste en una buena selección, ya que la capacidad de aprender del alumno medio está limitada.

Ortega habla de tres misiones para la universidad: la transmisión de la cultura, la enseñanza de las profesiones y la investigación. El estudiante necesita cultura general y ya se han mencionado las materias que destaca el filósofo. Según Ortega, lo que una persona debe saber dentro del campo de la cultura para entender el mundo actual es la física, la biología, la historia, la sociología y la filosofía.

Es obvio que Ortega no cree que un alumno pueda elegir él mismo qué estudiar y cómo, tal como lo pretende la corriente actual de “autonomía”. Ni siquiera se le ocurre a Ortega mencionar esta posibilidad. Al revés, destaca la necesidad de “estar a la altura de su tiempo” en cuanto a los conocimientos y, por eso, la elección de los temas y las materias no se puede dejar al azar. Es también notable que hable tanto de las ciencias sociales como de las naturales. Un comentario actual sería quizá que esa cultura general se podría adquirir mejor en el bachillerato para que el estudiante pudiera concentrarse en adquirir conocimientos profesionales en la universidad.

Ortega no entra en los detalles de las formaciones profesionales pero subraya que deben combinarse con la cultura general para que el estudiante no resulte un “sabio ignorante” en otros campos. También destaca la diferencia entre la profesión y la vocación. Estudiamos una profesión pero elegimos lo que vamos a hacer con los conocimientos y para qué los vamos a utilizar, es decir, cuál va a ser nuestra vocación.

Lo que no necesita el estudiante medio, según Ortega, es la ciencia. La ciencia es creación, requiere una dedicación de “monje” y, por eso, queda fuera del ámbito del estudiante medio. Más bien, cree que la infatuación del “cientificismo” podría ser el origen de la aparición de los nuevos “sabios ignorantes”, especialistas que se comportan como nuevos bárbaros.

En otras palabras, la propuesta de Ortega es totalmente distinta de la de los nuevos pedagogos que creen que hasta los alumnos más jóvenes son capaces de investigar. Tampoco aceptaría que el énfasis se haya desplazado de los conocimientos de las materias a los métodos de trabajo supuestamente transferibles a otros campos, una idea llamada “aprender a aprender”. La justificación que suelen dar los nuevos pedagogos es que hay información fácilmente asequible por todas partes y que, por eso, aprender métodos para acceder a la información sería más útil y rápido que aprender, es decir, convertir la información en conocimiento. La comparación con Ortega muestra que el modelo humano subyacente a la nueva pedagogía es lo que Ortega llama los “nuevos bárbaros”.

Meditación de la técnica (1933) subraya que podemos hablar de técnica cuando la tarea del artesano se divide en invento y ejecución. Ortega observa que los técnicos suelen ser anónimos; utilizamos productos inventados por técnicos sin saber quiénes fueron los inventores. La técnica nos asegura la satisfacción de las necesidades, lo hace con un esfuerzo mínimo y además sirve para inventar cosas nuevas. La técnica es profundamente humana en el sentido de que a los humanos nos guían los deseos y la fantasía tanto o más que la necesidad. No solo queremos vivir sino vivir bien y del modo que nos guste. La técnica nos permite adaptar las circunstancias a nuestros deseos, es decir, lo contrario de la adaptación del individuo a las circunstancias. Además, liberándonos de las tareas necesarias para subsistir, la técnica nos permite el ensimismamiento y la reflexión que, a su vez, nos permiten ser más humanos.

Llama la atención la manera no hostil en la que se expresa Ortega. Hoy en día oímos muchas proclamas en contra de la tecnología y pocas a favor de ella. Curiosamente, la técnica juega un papel central en la vida diaria y en la economía pero no dispone de muchos defensores explícitos entre los intelectuales. Los escritores, los artistas plásticos y los cineastas deberían ser los primeros defensores de la técnica, pero no suele ser así.

Ortega destaca que deberíamos prestar atención a las circunstancias en las que ha podido desarrollarse la técnica para que ésta no desaparezca. Considera que es un signo de barbarie el no querer someterse a la disciplina necesaria para mantener el nivel técnico. Existen personas que son como un hombre primitivo en un país de alto nivel técnico quien ve los artefactos técnicos como algo que simplemente está allí como las piedras. Ya que no sabe nada del esfuerzo que ha supuesto crear estos objetos, no los valora y no preservará las condiciones para que se conserven y para que se creen otros.

El pensamiento de Ortega a propósito de la técnica está integrado en su visión general de lo que es el hombre. Ortega describe al hombre como un proyecto vital basado en una voluntad. Ya que lo define la voluntad de conseguir ciertas metas, el hombre vive rodeado de obstáculos pero también de circunstancias favorables. Nace en ciertas circunstancias pero elige lo que va a hacer de su vida. Por eso, Ortega llama al hombre “novelista de sí mismo”.

Ya que los hombres eligen lo que van a ser, en comparación con los animales se caracterizan por la variabilidad y la inestabilidad. Los hombres son enormemente desiguales entre sí en comparación con los toros, los tigres u otras especies. El toro nace toro, pero el hombre no es hombre al nacer sino que tiene que hacerse a sí mismo, autofabricarse, al comienzo con la ayuda de su familia pero después la responsabilidad recae sobre cada uno. Ortega dice que no solo económica sino también metafísicamente el hombre tiene que buscarse la vida.

Nuestra herencia

La lengua es una magnífica herencia que recibimos de nuestros antepasados pero tiene una doble faceta de don y de tarea. Al nacer, recibimos como “dote” el acceso a una lengua que contiene las experiencias y la sabiduría de las generaciones anteriores pero supone un largo proceso de aprendizaje aprender a hablar. En *Ideas y creencias* (1940) Ortega insiste en que la lengua contiene un pensamiento condensado. La palabra “amor” tiene por ejemplo diferente significado en épocas y ambientes distintos. Históricamente, la lengua representa también la presencia de los pensamientos de las personas que nos han precedido y que no están presentes.

Otra materia que destaca Ortega es la historia, un conocimiento que sirve para que sepamos lo que nos pasa; sin la historia, nadaríamos en la confusión. Solo acordándonos del pasado, podemos situarnos en el presente y hablar del futuro. Ortega cree que el aprendizaje de la historia podría evitar una “rebarbarización”. Posiblemente el hombre medio sabía más de historia en épocas anteriores, aunque solo era la historia de Grecia y Roma, mientras que la ignorancia del hombre medio de ahora se acerca a la de un hombre primitivo.

Ortega no menciona apenas la enseñanza primaria y secundaria pero utilizando su terminología podríamos decir que la escuela ofrece al alumno la posibilidad de empezar a “autofabricarse”. Si el alumno realmente estudia la historia, entenderá mejor su propio lugar en el tiempo y en el espacio. Descubrirá el mundo a través de los nuevos conocimientos y se irá dando cuenta de sus posibilidades de elección. Cuando elige esforzarse a aprender, es una de las primeras elecciones importantes de su vida.

Aprender a pensar

Nos comportamos como si la razón fuera una dote automática, apunta Ortega, como si fuera algo que hubiéramos recibido una vez para siempre, y no es así. La cultura moderna se basa en la fe en la razón, pero si los hombres no se molestan en aprender la base de la modernidad, no van a poder mantener su cultura. La cuestión es si se estimulan las ganas de aprender y de usar la facultad de pensar.

Ortega acepta la existencia de una razón pura pero subraya que ésta tiene una importancia reducida en nuestras vidas. Para la mayoría de nosotros tiene más importancia la razón narrativa o histórica, el entender el mundo a través de las narraciones, un aspecto que Ortega desarrolló en particular después de haber leído al alemán Dilthey. Hablar de la razón histórica puede verse como la “historización” de las humanidades en general. Tanto Dilthey como Ortega quieren destacar al hombre como un ser histórico. Al nacer, se nos da acceso a una colectividad con sus experiencias, sus palabras y sus creencias. Este conocimiento es diferente según la colectividad y así la inteligencia de cierto modo puede ser algo colectivo. Además, al individuo le corresponde la responsabilidad de desarrollar lo recibido. Lo que dice Ortega de la lengua y de la historia viene a ser una defensa de las humanidades en el currículo.

En *Origen y epílogo de la filosofía* (1960) Ortega destaca que un pensamiento tiene un “subsuelo”, un “suelo” y un “adversario”. Con subsuelo se refiere a las creencias más o menos tradicionales, que no se ven como ideas encontradas o inventadas por ciertas personas. El suelo sería las ideas relativamente recientes que se han aprendido de manera consciente. El adversario es quien estimula la formulación de un nuevo pensamiento. Ortega también destaca que es importante encontrarse con obstáculos porque nos obligan a reflexionar y así las ideas maduran.

El énfasis en el aprendizaje de la lengua y en el desarrollo de ideas suena como un currículo de bachillerato con un énfasis en el pensamiento y en el lenguaje, algo bastante distinto del ideal actual de trabajar en proyectos, buscando información en Internet. La argumentación de Ortega subraya el papel de las humanidades para entendernos a nosotros mismos y poder elegir lo que queremos hacer de nuestras vidas.

Ortega denuncia que entre los hombres modernos parece haber un “déficit de deseos” y los compara con los nuevos ricos. Estos no suelen saber qué hacer con su dinero y, por eso, lo utilizan para comprarse objetos que han deseado otros, deseos “cliché”. Comprar aparatos técnicos sin tener necesidad de ellos no sirve de mucho. La técnica es instrumental y solo sirve cuando alguien quiere realizar un proyecto. Lo primero es el proyecto, quizá un proyecto de vida.

Según Ortega, la costumbre de los “sabios ignorantes” es aprender una idea como un dato sin entender realmente el pensamiento que ha llevado a la idea en cuestión. Así, las ideas se convierten en artefactos que el usuario utiliza sin entender cómo están contruidos. El resultado es una inteligencia puramente mecánica que funciona como un instrumento para realizar ciertas tareas. Las personas que estudian de este modo corren el riesgo de estar perdidos fuera de su especialidad porque no tienen suficiente cultura general ni la costumbre de reflexionar.

Para pensar, para entender ideas y crear ideas, es necesaria la capacidad de concentración. En *Origen y epílogo de la filosofía*, explica que para poder pensar lo primero que tenemos que hacer es detenernos ante el fenómeno para observarlo. Después hay que seguir concentrado en el mismo pensamiento y, si se da el caso, seguir al próximo aspecto. Es importante no abandonar la concentración en los diferentes aspectos en cuestión sino mantenerlos todos presentes a la vez en la mente. El último paso es crear una imagen mental global y compleja del fenómeno.

Una pedagogía que quiere desarrollar el pensamiento necesita un buen currículo, tareas que exijan pensamiento y exámenes para estimular el esfuerzo. Es poco probable que una pedagogía que se centre en lo lúdico lleve al desarrollo del pensamiento. La evaluación de la enseñanza debe centrarse no tanto en si les gustó a los alumnos como en si aprendieron bien la materia, aunque es probable que les haya gustado si han aprendido mucho.

Ortega rechaza una corriente de pensamiento muy difundida hoy, el relativismo. Critica esta línea de pensamiento porque lleva al escepticismo, a no creer en nada. El relativista niega lo absoluto pero para hacer esto tiene que creer que existe; la misma idea de relativismo supone la idea de un punto fijo con el cual se puede comparar para afirmar el relativismo. Además, dice Ortega, el relativismo es absurdo porque sabemos que podemos entender a otra gente y a otras épocas. El relativismo es negativo, ya que no nos da ánimo para seguir viviendo. La idea de verdad y de realidad es un principio de “economía”, porque nos ahorra dudas, nos permite actuar y corresponde a la necesidad de una verdad para fundamentar nuestras vidas. El respeto por la verdad es la base de la cultura. Para Ortega, el dar énfasis a los métodos y no a los datos en un tipo de “cientificismo”, un remedo vacío de ciencia que lleva a la pedantería y la falta de reflexión.

La comparación con el pensamiento de Ortega ilustra la superficialidad de la nueva pedagogía con su enfoque en los métodos y no en el contenido ni en el pensamiento. Se promueven a metas aspectos triviales de la vida intelectual como el buscar inform-

ación. Lo que confunde al observador es la mezcla de trivialidad y de referencias a la investigación. Hasta los alumnos de primaria deben “investigar”, pero se trata de lo que llama Ortega un cientificismo vacío, una torpe imitación de lo que hacen los investigadores. Al revés, al permitir que los alumnos pasen muchos años en el mundo de la educación sin aprender, se da a los alumnos la idea de haber sido educados. Así, se convierten en “sabios ignorantes” y “nuevos bárbaros”.

A pesar de llevar muchos años como disciplina universitaria, la pedagogía todavía carece de consistencia teórica, lo cual es un serio problema para la materia, para la educación y para los países que quieran mejorar sus políticas educativas. El estudio de las obras de Ortega y Gasset nos ofrece un pensamiento coherente que enfoca lo cognitivo, apoya una pedagogía “del esfuerzo” y da énfasis a la responsabilidad individual en contraste con la visión de la educación como algo lúdico y social más que intelectual. Hace falta una reorientación de las políticas educativas, y una base de esta reorientación podría ser el pensamiento de Ortega.

Referencias

- Dewey, John. *Democracia y educación*. Madrid: Morata [1916] 1995.
- Ortega y Gasset, José. *Ensimismamiento y alteración. Meditación de la técnica*. Buenos Aires-México: Espasa-Calpe, 1939.
- , *El hombre y la gente*. Madrid: Revista de Occidente [1939] 1980.
- , *Ideas y creencias en Obras completas V*. Madrid: Revista de Occidente [1947].
- , *El libro de las misiones*. Madrid: Espasa-Calpe [1940] 1959.
- , *Meditaciones del Quijote en Obras completas I*. Madrid: Revista de Occidente 1951 [1914].
- , *Origen y epílogo de la filosofía en Obras completas IX*. Madrid: Revista de Occidente [1960] 1962.
- , *La rebelión de las masas*. Madrid: Revista de Occidente, [1930] 1980.

Sobre el Autor

Inger Enkvist

Inger Enkvist es catedrática de español en la Universidad de Lund, Suecia. Ha publicado "Los pensadores españoles del siglo XX", Ed. Ovejero-Martín, Rosario, 2005; "Los iconos latinoamericanos. Nueve mitos del populismo del siglo XX", Ed. Ciudadela, Madrid, 2008; "La educación en peligro", Ed. Eunsa 2010 [2000], y "Repensar la educación", Ed. Eunsa, Madrid, 2006.